

CONFERENCIA ESCOLAR

Grandeza y humildad

Hermosa es la virtud, hijos míos, pero cuando está oculta. Para que Dios la bendiga y para que sea grata a los hombres, debe ignorarse a sí misma. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» dijo el maestro de la santidad. Ante todo tiene escuela de humildad, y su primera lección es ésta. Aprendámosla, y trabajemos por comprender lo que es la humildad, la profundidad de sus manantiales, la riqueza de sus beneficios, la hermosura de su práctica y el consuelo de sus obras.

Mas no olvidemos que entre los cristianos la grandeza va a la par de la humildad, como en la persona de su Maestro la naturaleza humana y la naturaleza divina. No las separemos, pues, y escribamos sobre nuestro blasón, como la noble familia de los Borromeos, la palabra *Humilitas*. Y como ella podamos dar grandes hombres a la patria y grandes santos al cielo.

I

La humildad, como la bondad, es la virtud de las almas grandes; no puede proceder sino de un espíritu elevado. ¿Queréis comprenderlo bien? En su meditación profunda colócase un hombre delante de Dios o delante de las más perfectas de sus obras. Ante sus ojos brilla un ideal de perfección. Se halla deslumbrado, transportado, enajenado; descendiendo después hasta sí mismo, se mide, se juzga: ¡qué distancia! No puede soportarse más. «¿Qué soy yo, repite con los Libros Santos, sino polvo y ceniza?» Pero es que ha mirado muy arriba, y por eso se encuentra demasiado pequeño, y el sentimiento de su nada en el cual se abisma, es la humildad, hijos míos, fruto de la grandeza de su alma.

Porque, entendedlo bien, tan elevada mirada no es de espíritus vulgares. Ha sido necesario que se haya formado la idea, ha sido necesario que haya tenido el gusto de una perfección superior, el hombre que se halla imperfecto, y llega hasta a desprenderse de sí mismo. No conocen esto los espíritus apocados; como no conciben que en el mundo haya algo superior a ellos, están contentos de sí mismos. Es contentarse con muy poco, pero ¡si no han visto más! No tienen ideal. En resumen, lo más es el orgullo: *Qui se exaltat, humiliabitur*. Esta palabra divina es tan verdadera psicológicamente como moralmente. Lo mismo, pero en diferente sentido, la humildad es grande: *Qui se humiliat, exaltabitur*.

Ved por qué el talento, el genio, es modesto. Humíllase el genio, porque es asaz grande, y se eleva tan alto, para contemplar sobre él una belleza que lo aplasta, al mismo tiempo que lo enajena. Virgilio, próximo a la muerte, quiere que sea quemada su *Encida*: ¡tan lejos se siente de Homero. Miguel Angel arroja el martillo a la cabeza de la estatua que acaba de sacar del mármol: aquel mármol no habla! San Buenaventura hace pedazos bajo su hábito los himnos que acaba de escribir para el Oficio del Santísimo Sacramento: ha escuchado los que ha recitado Santo Tomás de Aquino sobre el mismo tema.

¡Ah! mis queridos filósofos, he pensado muchas veces proponeros como tema de vuestras disertaciones: «La humildad del cristiano procede de una muy clara perfección del espíritu, y de un muy grande amor del corazón.» Es la mejor señal y la mejor prueba de la elevación del uno y de la fuerza del otro. ¿Lo comprendéis ahora?

Pero no he comparado sino las obras del hombre y su belleza relativa. Y ¿si ese ideal superior no es sólo un reflejo de lo alto que ha llegado a las criaturas de aquí abajo, sino el mismo Dios que entrevemos en sus esplendores? ¿Si no son sólo el sabio, el filósofo, el poeta o el ar-

tista los que contemplan la lejana sombra de la perfección divina, sino que son también el cristiano y el santo en presencia de la realidad que vive en el Tabernáculo o que habla en el Evangelio? Si la belleza y la bondad substanciales encarnadas forman su meditación de día y de noche, y le revelan lo que llama el Apóstol las últimas profundidades del Cristo, ¿comprendéis que su confusión se equipara a su adoración y a su amor? Comprended que al sentimiento de la grandeza de Dios corresponde el sentimiento de nuestra propia pequeñez, y que el grito de nuestra humildad es el eco de nuestro entusiasmo y de nuestro reconocimiento. Es el grito del Arcángel: *¿Quis sicut Deus?*

Tal ha sido siempre la humildad de los santos, más profunda que la de los genios. Juan Bautista, el más grande de entre los hijos de los hombres, el Angel que ha enviado Cristo delante de sí, no se considera digno de desatar la correa del zapato de Jesús. El Centurión cae de rodillas a los pies de Jesús, porque no se considera digno de que entre el Señor en su casa. La Cananea es el perro que busca para sus cachorrillos las migas que caen de la mesa de su amo. El buen publicano se golpea el pecho, y confesándose pecador, pide misericordia, oculto allá lejos, detrás de la puerta del Templo. La Magdalena se postra a los pies de Jesús que ha hecho salir de ella siete demonios, y riega sus pies con sus lágrimas, y los besa con su frente humillada y enrojecida por la vergüenza y los remordimientos. Pedro se arroja al mar para seguir a su Maestro, al cual, puesto de rodillas, no sabe decir más que estas palabras: «Apartaos de mí, Señor, que soy gran pecador.» En fin, la más grande entre todas las criaturas del cielo y de la tierra, declara que se ha dignado el Señor atender a la pequeñez de su sierva, humillando a los soberbios y elevando a los humildes. El *Magnificat* es el himno de la humildad y de la grandeza de la Madre de Dios.

La humildad procede también de la sinceridad, porque la humildad no es más que la verdad. El sentimiento humilde que tenemos de nosotros mismos es un verdadero sentimiento, y sólo con esta condición es meritorio ante Dios y edificante para los hombres. «No consiste la humildad, escribía a un joven el P. Lacordaire, en ocultar los talentos y las virtudes que tenemos, en creernos peores o menos buenos de lo que somos, sino en conocer claramente lo que nos falta, y en no elevarnos más de lo que podemos. Es notable que las grandes virtudes engendran la humildad, y que, si no puede producirla un gran talento, cercena muchas asperezas que obstinadamente conservan las medianías. No hay, pues, oposición entre la excelencia real y verdadera y la humildad. Dios, que es la misma excelencia, no tiene orgullo; se ve tal cual es y sin despreciar lo que no es El: El es El, natural y sencillamente.»

Este respeto a la verdad, base de la humildad, no permite al hombre abdicar de su dignidad ni de su grandeza cristianas. «No es posible, dice Bossuet, permitir al hombre que se desprecie totalmente.» Hay dos hombres en nosotros; si el uno no merece más que desprecio, el otro es digno de todo respeto. El uno es el hombre de pecado; tenéis razón cuando en el examen de conciencia decís de él: nada soy, nada puedo, nada valgo. No es tan difícil convencerse de ello, principalmente a vuestra edad, edad de ignorancia, de impotencia y de inexperiencia, pobres y frágiles cañas, juguetes de toda clase de vientos. Pero hay otro hombre en nosotros, el hombre de la gracia, y de ese hombre se puede sacar gloria, no gloria propia, sino gloria de Dios. Y cuando pienso que soy, en efecto, amado de Dios, comprado por Dios, adoptado por Dios, ¿cómo no me sentiré orgulloso con aquella grandeza de alma que hacía decir a María: *¿Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo?* Es el santo orgullo del cristiano.

El verdadero modelo es Cristo: en El se armonizan la humildad humana y la dignidad divina. Es por excelencia el manso y humilde de corazón; a cada momento declara que nada es su propia gloria: no busca más que la de su Padre. Y ved el testimonio que debe dar y da de Dios que está en El: «Descendí del cielo. Mi Padre y yo no somos más que uno. Soy la luz del mundo. Soy el camino, la verdad y la vida. Soy la resurrección. Antes que Abrahán naciese, ya era yo. Soy rey. Soy maestro. Me veréis un día sentado a la diestra del Padre, lleno de gloria y de majestad.» ¿Dónde habéis encontrado tanto abatimiento exaltado por tan singular grandeza?

¿Y los Santos, y en particular aquél de quien dice San Juan Crisóstomo: *Cor Pauli, cor Christi?* Llamábase Pablo abortivo, blasfemo, el último de los Apóstoles, la basura del mundo. Pero gloriase, cuando es necesario gloriarse, y gloriase en Jesucristo. Y de ahí saca todas las ventajas posibles, haciendo un cuadro en que reproduce todos los favores que ha recibido de su Maestro: *Si quis audeat, audeo et ego, plus ego. Judaens et ego, plus ego;* hasta que se muestra a sí mismo elevado al tercer cielo ante la faz de Dios.

Vosotros que traducís los clásicos, decidme: ¿habéis encontrado esa mezcla de humildad y de elevación en los hombres de Plutarco o en alguno de los héroes de la antigüedad pagana? No, no: es rasgo especialísimo de la fisonomía cristiana. Los que no lo tienen no son cristianos. El P. Lacordaire ha colocado la humildad en el número de las *tres virtudes reservadas* al catolicismo. Muy bien hecho: es exclusivamente nuestra. No tenemos marca de fábrica más característica y más incommunicable que ella.

Veámosla, y nos servirá de ejemplo, en un joven cristiano tan humilde de corazón como grande por su inteligencia, Mr. Agustín Cauchy. Corría el año 1803. Joven de

catorce años, acababa de obtener todos los premios en la que se llamaba entonces Escuela Central del Panteón, y el gran premio nacional adjudicado por concurso entre todos los Liceos de la Nación y a nombre del Emperador. Pero otro pensamiento distinto llenaba aquel joven corazón: aquel año había hecho la primera comunión, y entre las resoluciones que había guardado escritas se lee esta, impregnada toda de perfumes de modesta humildad: «Jamás me enorgulleceré de la poca ciencia que he adquirido, gracias a los grandes cuidados de mi padre; me representaré primero que, si algo sé, se debe únicamente a la solicitud que ha tenido conmigo mi padre, y que, si él no se hubiera tomado el trabajo de enseñarme, sería tan ignorante como muchos otros niños; pensaré después que nada son las ciencias humanas comparadas con la de la salvación, y que de nada me servirá el poseerlas todas, si ignoro ésta».

Su madre fué la que más tarde comunicó a una de sus nietas las resoluciones del entonces niño y después hombre ilustre, y añadía en su carta: «Ha bendecido Dios la buena voluntad de tu tío, y le ha dado el gozo de la virtud. Verás por sus resoluciones que estaba ocupado en el gran trabajo de la Retórica, lo que fué causa de que no hiciera la primera comunión para la Pascua. Sin embargo, habiendo seguido las instrucciones catequísticas en cuanto le fue posible, recibió la confirmación después de Pentecostés, e hizo después, como un ángel, la primera comunión el día de la Asunción. Había tenido entre tanto ocho días de gran trabajo para los grandes certámenes que le valieron tantos premios y coronas, guardando para Dios su corazón con el pensamiento en el día de aquella obra grande, y sin inquietarse por la esperanza de tener o de no tener el triunfo. Dos días después, recibió todas las coronas del Colegio y del certamen general, y por el premio de Retórica estuvo a comer en casa del Ministro, y

no tenía más que catorce años; con todos sus méritos conservó siempre aquella religión, aquella rectitud y aquella sencillez de costumbres con que se hacía y se hace querer de cuantos le conocen, lo mismo que la confianza en Dios que lo ha sostenido siempre en el tiempo de la desgracia».

A los dieciséis años era Agustín el segundo en la Escuela Politécnica, y dos años más tarde, en 1807, era el primero en la Dirección de caminos, puentes y calzadas. En 1816 entró en la Academia de ciencias, y pronto se puso a la cabeza de los geómetras de su tiempo, como estuvo siempre a la cabeza de todas las obras católicas que todavía lo lloran.

II

La humildad, hijos míos, es ganancia para todos. Dios saca de ella el más hermoso homenaje de sus criaturas; el hombre, la fuerza, la paz y la alegría; y la sociedad, la unión y la felicidad. Planta de la humildad, ¡cuántas cosas bellas tienen su raíz en tí, en ese *humus* de donde tomas tu nombre!

La humildad rinde homenajes a Dios. Ella atestigua que sólo Dios es grande; ella inspira al hombre el pensamiento de que él es la nada, y que Dios lo es todo; ella repite, como San Juan Bautista hablando de su Divino Maestro: «Es preciso que El crezca, y que yo disminuya»; ella desprecia todas sus preeminencias para que Dios, que es el solo grande, se eleve sobre las ruinas del orgullo abatido a sus pies.

Los ejemplos se agolpan a mi memoria y a mis labios. Cristóbal Colón, triunfador de los hombres y de los elementos, se arrodilla en las playas del nuevo mundo que acaba de descubrir, y lo consagra al Salvador, dándole el mismo nombre. El gran Condé se arrodilla en el campo de batalla después de la victoria de Rocroi. «Dobra el

príncipe la rodilla, dice Bossuet, y sobre el campo de batalla da a Dios la gloria que acaba de recibir». Sobieski, bajo los muros de Viena, pone en fuga los trescientos mil turcos de Mustafá al grito suplicante de: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, y al día siguiente deja su espada en el altar de San Esteban de Viena. El marqués de Montcalm, vencedor de los ingleses en 1758, en Carillón (Canadá), hace levantar en el mismo sitio de la batalla un gran crucifijo con esta inscripción:

¿QUID DUX? ¿QUID MILES? ¿QUID STRATA INGENTIA LIGNA?
¡EN LIGNUM! ¡EN VICTOR! ¡DEUS, HIC DEUS IPSE TRIUMPHAT!

Tengo gusto también en recordaros los homenajes que ha rendido a Dios la ciencia moderna. Escuchad la oración del marqués de Worcester: Acaba de descubrir el gran físico el empleo del vapor como fuerza motriz, y de entronizar así en el mundo una potencia que la antigüedad no hubiera osado atribuir ni a los titanes. «Dios poderoso, dice, Vos, cuya misericordia es infinita, y cuyo saber no conoce límites, recibid las humildes acciones de gracias que os envío desde el fondo de mi alma, por haberos dignado no sólo crearme y redimirme, sino, más aún, revelarme un secreto de la naturaleza tan importante y fecundo en beneficios para la naturaleza entera. No permitáis, Señor, que me enorgullezca de este descubrimiento, ni de otras invenciones y experiencias mías, por nuevas y maravillosas que puedan ser, sino inspirad humildad a mi orgulloso corazón, con el verdadero conocimiento de mi ignorancia, de mi debilidad y de mi indignidad».

La humildad cristiana es la fuerza del hombre. Cuando por la humildad se desocupa el hombre de sí mismo, desciende inmediatamente a él Dios, y lo llena de su omnipotencia. «Grandes cosas ha hecho en mí el Todopoderoso, decía la más humilde de las mujeres, y la más grande de las madres, porque ha atendido a la humildad de su sierva». De ahí viene el poder de los Santos, y ved por

qué es su vida una no interrumpida maravilla. Desde el momento en que consienten en no ser nada, viene Dios a ellos, y los hace todo; su fuerza substituye a su debilidad. Y cuando nos asombran las obras de todo género que han podido hacer ellos: «Nada podemos por nosotros mismos, dicen con San Pablo, todo lo que podemos nos viene de Dios».

La humildad es la fuente de la caridad entre los hombres. El orgullo es causa de odio. Toma mil formas distintas a cual más aborrecibles. Es el desdén, es la altanería: ved cómo os mira, y cómo os habla aquel soberbio. Es la insolencia: en sus labios no hay más que injurias y desabrimientos; todo ha de ceder ante él, todo ha de abajarse a él. Es la violencia: sus ojos echan fuego, sus labios se estremecen, y concluyen por vomitar ultrajes. Es la ostentación, es la jactancia: es sabio, es opulento, es fino, es fuerte, es el único, el incomparable; no habla más que de sí, no hay más que por él, no hay más que para él. Es la presunción: todo lo puede, a todo se atreve; nada le detiene, ni las dificultades, ni las advertencias, ni los consejos; a nadie se digna dirigir la mirada; marcha siempre con la cabeza erguida y con los ojos entornados. Es la vanidad: todo sirve de pábulo a su amor propio, su nombre, su país, su talla, hasta el corte de su vestido o el arreglo de sus cabellos. Es la fatuidad: lleva hasta la idolatría el culto a su persona, tanto más fatuo, cuanto es más tonto. «¿Qué es un fatuo sin su fatuidad? pregunta Champfort; quitadle las alas a una mariposa, queda una oruga».

¡Qué triste es vivir en medio de los orgullosos! son el azote de la sociedad. Por el contrario, ¡qué hermoso tener qué hacer entre los humildes! todos se acomodan a ellos, y ellos se acomodan a todos. Hay asombrosa facilidad para vivir con tales gentes: ¡ocupan tan poco lugar!

III

Sed humildes, hijos míos, sedlo en todo y por todo.

Sed humildes en vuestros pensamientos, no exaltándoos, no encareciándoos, y teniendo cuidado de mirar más arriba de vosotros mismos, para que os encontréis pequeños. Puede ayudar a la humildad en lugar de servir al orgullo la instrucción que recibís. Os lo confieso: lo que mayor idea me da de mi pequeñez, es la contemplación de la inmensidad de la creación, tal cual nos la revela la ciencia. Me siento aniquilado; no me hallo por ninguna parte. Lo mismo me sucede, cuando me abismo en el océano de los tiempos, no menos profundo que el del espacio. A la vista de todas esas generaciones que se han sucedido en el globo, se apodera de mí el asombro, parece evaporarse mi ser, y piérdese y desaparece en ese mar sin orillas mi pobre gota de agua.

Y no os hablo sino de la pequeñez de mi naturaleza; ¡si os hablara de la malicia de mis pecados! ¡Y el paralelo entre lo que en mi favor ha hecho Dios, y lo que contra Dios he hecho yo! Un gusano de la tierra en revuelta! Vengo a encontrarme a los pies de Dios; no, no; me levanto, y me hallo entre sus brazos, abiertos a los harapos del hijo ingrato que ha pecado contra el cielo y contra El.

Sed humildes en vuestras palabras. Primero sabed escuchar. Preguntaban a Racine cómo había conseguido que le recibiesen los señores de la corte: «Escuchándolos», respondió con delicadeza. Daba por regla Fenelón que obrásemos de modo que al salir de nuestras reuniones las gentes estuvieran más contentas de sí mismas que de nosotros. Evitad en vuestras palabras la terquedad, la dureza, el apego a vuestra propia opinión, sabiendo insinuaros en el pensamiento de los otros de modo que lleguen a pensar como vosotros mismos. Jamas habléis de

vosotros ni en bueno ni en mal sentido. Hay una manera de ser humildes, y que vale más que hablar mal de sí, consiste en no decir nada de sí mismo. Nada de énfasis, nada de pretensiones, nada de pedantería, nada de frases huecas y de muestras de sabiduría: todo eso es orgullo. Aceptad los consejos, soportad las amonestaciones: ahí está la piedra de toque de la humildad. Nos gusta a veces hacer actos de humildad, pero tenemos horror a soportar las humillaciones; nos encabritamos, pifamos, tascamos el freno: todo es orgullo. Por favor, hijos míos, sabed que no tenéis razón, y sabed confesarlo. Sabed no sólo confesar las faltas, sino expiarlas, implorando perdón. Nada más grande que eso, pero nada más raro. Tengamos la gloria de reparar nuestras faltas, puesto que no la hemos tenido de evitarlas. Se ha dicho de vuestro Fenelón, obligado a cumplir la condenación de una de sus obras, que fué más grande puesto de rodillas que de pie. Que se diga así de nosotros.

Sed humildes en vuestra vida, aun en vuestras más gloriosas acciones. Guardaos, hijos míos, de tocar la trompeta delante de vuestras obras buenas, como reprendía el Señor a los fariseos: *Receperunt mercedem suam*, y no gastéis fuegos artificiales en la tarde de vuestros triunfos. El bien no hace ruido, y el ruido tampoco hace bien. Sed modesto en vuestro continente, en vuestra actitud, en todo vuestro exterior, pero sin hipocresía, sin ese aire de humildad y de contrición que no sirve sino de adorno, de adorno de sepulcros blanqueados, condenado en el Evangelio. «Rasgad los corazones y no los vestidos», dice el Señor que manda a los que ayunan lavarse la cara y perfumar la cabeza. Huid la singularidad: es el nido del orgullo. Sed finos con todo el mundo: la finura es la humildad al servicio de la caridad. No busquéis las atenciones; si os vienen sin buscarlas, recibidlas con sencillez, humillándoos ante Dios, tanto cuanto os sintáis elevados

sobre los hombres. Nada temen tanto como los triunfos los buenos cristianos. Se cuenta del P. Lacordaire que una tarde, en 1845, después de una de sus hermosas conferencias, subió a su habitación un eclesiástico, y le encontró a los pies del crucifijo, con la cabeza entre las manos absorto en oración que interrumpían los sollozos. Se echó a sus brazos, diciendo: ¿Qué hace usted, Padre mío? —Tengo miedo, le dijo el religioso con el rostro bañado en lágrimas. —¿Miedo, Padre? ¿y de qué? —Tengo miedo de ese éxito». Sabéis que los días de aquellos discursos admirables terminaban siempre con una disciplina que se hacía dar, a pesar de su extremo cansancio.

Se cuenta del P. Ravignán que, siendo todavía abogado general, tenía la costumbre aquel joven y distinguido magistrado de decirse cada vez que debía presentarse en el mundo: «Vamos, seamos distinguidos». Más tarde, hecho religioso, cada vez que debía aparecer en público, decía: «Seamos humildes». Haced lo mismo, hijos míos, y esa sombra de vuestra modestia no hará otra cosa que hacer más brillante el esplendor de vuestros méritos: la sencillez humilde es ante el mundo un encanto ante Dios una grandeza.

Añado finalmente: Sed humildes, y seréis felices. «Apreñdad de mí, dice el Señor, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas». ¿Acaso no salen del orgullo todas las turbaciones de nuestro corazón y todas las revueltas del mundo? El orgullo es el desorden; la humildad es el orden. Entrar en el orden es entrar en la tranquilidad, y por consecuencia en la felicidad; la bienaventuranza eterna es para los pobres de espíritu, para los humildes, para los pequeños, para los desconocidos, para los que lloran, para los que han hambre y son perseguidos, a los cuales se ha prometido el reino de los cielos.



¡Oh Jesús, Maestro mío! habládme ahora, e instruídme Vos mismo. Hablad, Señor, que escucha vuestro siervo.

«Hijo mío, dos cosas resumen la lección de humildad y de grandeza que he dado al mundo: mira a mi pesebre y a mi cruz; todo está ahí.

«El pesebre es la humildad, la pobreza, la pequeñez con la efusión de mis lágrimas. La cruz es la grandeza, la sublimidad, el heroísmo hasta la efusión de mi sangre.

«Es necesario, hijo mío, que te achiques a la medida de mi pesebre; y por el valor debes elevarte a la altura de mi cruz.

«Si no te haces niño pequeño en la cuna, no entrarás en el reino de los cielos. . Y si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz, y sígame.

«A mi pesebre llamé a los pastores y a los reyes; y elevado de la tierra en mi cruz, todo lo arrastré a mí mismo.

«Quien se abaje según la humildad de mi pesebre, sabrá elevarse a la sublimidad y fecundidad de mi cruz.

«Que yo soy, hijo mío, el Alfa y la Omega, el principio y el fin».

MONSEÑOR BAUNARD

